

Fueron muy pocas las operaciones militares durante todo el curso de 1587. Mientras el duque de Parma se hallaba sobre la plaza de la Esclusa, se entregó la de Güeldres á los españoles sin ninguna resistencia. Los confederados sitiaron y tomaron despues de una larga defensa y una batalla en sus inmediaciones la plaza de Engel; mas no fueron igualmente dichosos con la de Bois-le-Duc, que se resistió, obligándolos á levantar el sitio.

Uno de los grandes inconvenientes que ofreció esta larga contienda en los Países-Bajos, fué que ninguno de los dos partidos tuvo fuerzas suficientes para dominar completamente un país que, á pesar de su corta superficie, se halla atravesado por tantos ríos, cortado con tantos canales y erizado con tantas fortalezas. Fueron cortas las del duque de Alba, y del mismo defecto adolecieron las de Requesens y don Juan de Austria. Mas numerosas eran las que mandaba el duque de Parma, pero nunca le bastaron para tantas atenciones. Engrosado con tantas conquistas y en posesion de una fama tan esclarecida, se hallaba ahora con todos los medios suficientes de aumentar considerablemente sus filas con los infinitos que buscaban su fortuna en las batallas, y tenían á honor el servir bajo un caudillo de tanta nombradía. A este objeto, pues, se consagraban todos los cuidados de Alejandro durante su residencia en Bruselas, adonde se trasladó despues de la toma de la Esclusa. Pero su ejército, que tanto se aumentaba, no tenía entonces por objeto la sujecion total de los Países-Bajos. Otra mas importante empresa tenía fijos sobre sí los ojos de la Europa. Había llegado el tiempo de pronunciarse en llama abierta el fuego oculto del odio que Isabel y Felipe II se profesaban mutuamente. Ya la reina de Inglaterra se había declarado enemiga del de España enviando tropas auxiliares á los Países-Bajos. Ya había cometido actos de abierta hostilidad protegiendo á don Antonio de Portugal, enviándole á las islas Terceras

provisto de buques, de tropas y dinero. Otras manifestaciones de la misma clase hacian aventureros marítimos, que bajo sus auspicios y con su bandera, infestaban nuestras posesiones del nuevo mundo. Declaró, pues, la guerra en toda forma Felipe II á la reina Isabel, y las palabras iban á ser acompañadas de los hechos. Mas antes de ocuparnos de ellos, necesitamos hacer otra excursion por Francia é Inglaterra, donde veremos nuevas causas de una contienda, en que para Felipe II se trataba nada menos que de la ruina de su antagonista.

CAPITULO LIX.

Asuntos de Francia.--Siguen los procedimientos de la Santa liga.--Encono contra los calvinistas.--Negociaciones para neutralizar la guerra que amenaza.--Todas infructuosas.--Negociaciones del rey de España, de Catalina de Médicis, de los políticos, de Enrique de Navarra.--Cada vez mas encendido el odio de los de la liga.--Tratado de Nemours.--Ruptura del tratado de pacificación.--Se pone el rey al frente del partido católico.--Excomulga Sixto V á Enrique de Navarra y al príncipe de Condé.--Protesta en contra del primero.--Guerra.--Batalla de Coutras y victoria por Enrique de Navarra.--Victoria del duque de Guisa sobre los reitres de Alemania.--Nuevas intrigas.--Nuevos odios contra el rey.--Entrada del duque de Guisa en París.--Jornada de las barricadas.--Se retira el rey de París y se dirige á Chartres (1).

1580—1588.

EL último tratado de pacificación entre el partido católico y calvinista ajustado en Francia, segun hemos hecho ver en el capítulo XLVIII, no podia menos de adolecer de la inestabilidad que distinguia á los otros de la misma clase. Si era imposible la continuacion por mucho tiempo de la guerra por falta de recursos de una y otra parte, era igualmente imposible una paz sincera, y por

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo XLVIII.

lo mismo sólida entre partidos que mutuamente se excluían. En Francia se hallaban frente á frente los dos campos religiosos y políticos en que entonces estaba la Europa dividida. En otros países habia una unidad de religion ora católica, ora protestante: en otros se hallaba una de ellas en grande minoría y sometida por lo mismo á la rival que dominaba. Solo en Francia luchaban abiertamente como dos contrarios que se creen con bastantes fuerzas para obtener un triunfo decisivo. Teniendo en consideracion el carácter intolerante de la época, se puede imaginar que existia en Francia una agitacion, una guerra civil en permanencia, pues no podian vivir en paz dos religiones que difiriendo tanto en principios daban por resultados en política dos sistemas asimismo opuestos. La religion en efecto que escribia en su bandera el libre exámen en materias de creencia, debia de tener tendencias muy diversas de la que profesaban por principio inconcuso la ciega sumision á la autoridad y decisiones de la Iglesia. Bajo este punto de vista se deben considerar estas famosas contiendas que tanto distinguieron el siglo XVI, que se propagaron hasta el XVII y aunque muy débilmente hasta el XVIII. Así la Inglaterra, la Escocia, los iasurgentes de los Países-Bajos, y los príncipes luteranos del Imperio por una parte, y del otro lado el emperador los príncipes de Italia, el rey de España y el papa sobre todo, contemplaban con intenso interés esta lucha de sus principios y opiniones respectivas con tanto calor empeñada en el suelo de la Francia. Por esto los adalides de las dos facciones tenian sus aliados naturales en los países extranjeros y de ellos aguardaban y recibian efectivamente auxilios mas ó menos poderosos.

En cuanto al rey de España, cuyo reinado describimos, ya se sabe cuál de los dos partidos que despedazaban á la Francia era objeto de sus simpatías. Hemos visto con cuánto descontento suyo se ajustó el tratado de Poitiers, y las resoluciones que manifestó se veria obli-

gado á tomar despues de este suceso. Además de lo incapaz que le parecia Enrique III para asegurar de una vez el triunfo del catolicismo en Francia, estaba resentido de este rey por el apoyo al menos indirecto que daba á los alzados de los Países-Bajos. La expedicion del duque de Anjou en que no pudo menos de tener participacion el rey de Francia, dió nuevo pábulo al disgusto y resentimiento de Felipe, y si no estalló entonces una abierta hostilidad, fué porque se hallaba con medios de hacérsela mayor sin mostrarse abiertamente su enemigo. Debian de ser y lo eran en efecto todas las simpatías del rey, por la santa liga católica formada en Francia sin la participacion del rey Enrique, y cuyos vínculos se iban haciendo cada dia mas estrechos. En todas las ciudades tenia ramificacion y contaba con las personas mas ricas é influyentes. En las municipalidades se hallaba su asiento principal, y con las manifestaciones mas públicas apoyadas en ceremonias y pompa religiosas, se hacian hasta un deber de proclamar abiertamente su existencia. A la cabeza de esta vasta asociacion continuaban los príncipes de la casa de Lorena constantes campeones del catolicismo, descollando entre ellos Enrique, duque de Guisa, jefe á la sazón de la familia. Con los príncipes de Lorena se hallaban muchos grandes personajes del país, aspirando todos á obrar con independencia de un monarca no solo poco estimado sino hasta blanco de desprecio. ¿Cuántos motivos no debia de tener pues el rey de España para animar, para auxiliar con su consejo, con su proteccion y hasta con medios pecuniarios esta santa liga tan celosa, tan entusiasmada en defensa de la religion católica, tan inconciliable enemiga de los hugonotes á quienes tenia jurada su completa ruina? Toda su correspondencia de aquel tiempo, da claros testimonios de la parte activa que desde el fondo del Escorial tomaba Felipe II en las turbulencias de la Francia. Era el duque de Guisa el principal objeto de su simpatía, en quien tenia puestas sus grandes esperanzas, á quien

escribía frecuentemente dándole consejos, animándole á seguir adelante con su empresa, ofreciéndole para ello toda especie de recursos. Con el pseudónimo de Mucio se comunicaba el de Guisa con Felipe, y tales eran las esperanzas de la poderosa proteccion del rey que casi se consideraba á éste como el jefe supremo de la liga. Así mandaba de hecho, aunque no de un modo ostensible, el rey de España en la porcion mas numerosa, mas influente, mas poderosa de la Francia.

Tenia esta vasta asociacion un fin político de grande trascendencia, y que no apoyaba menos Felipe II que los otros puramente religiosos. Se hallaba sin hijos, y con la reputacion de no poder tenerlos Enrique III, último vástago de la rama de Valois, habiendo muerto tambien sin sucesion el duque de Anjou, último de sus hermanos. Extinguida esta familia quedaba la mas próxima al trono la casa de Borbon descendiente de un hijo segundo de San Luis, casado con la señora de Borbon que dió su nombre á la familia. Era su representante el jóven Enrique de Navarra, y considerado por lo mismo como el heredero legítimo y forzoso. Mas ¿qué perspectiva se ofrecia, á la Francia católica, cuando llegase á tomar posesion de la corona un rey herege? La exclusion, pues, de Enrique de Navarra de la sucesion, debió de ser uno de los grandes objetos de la santa liga. Así lo fué en efecto. Para suceder á Enrique III designó al mismo duque de Guisa, á favor decuya idea se forjó un árbol genealógico por el que aparecian los principes de la casa de Lorena descendientes del mismo Carlo-Magno. Aunque era falso, no reparaba el espíritu de partido en este inconveniente, ni importaba mucho á los intereses de la liga que fuese el de Guisa heredero por la ley, con tal que de otro modo resultase serlo de hecho. Apoyó Felipe II esta intriga que aunque secreta, no dejaba de ser en cierto modo pública. Se llegó á firmar un tratado secreto en Joinville entre Felipe II y los individuos de la casa de Guisa, cuyas disposiciones principales eran: primera, la exclusion absoluta del trono no

solo contra el rey de Navarra, sino contra todo principe de sangre real de Francia que no fuese católico: segunda, el reconocimiento del cardenal de Borbon, por heredero de la corona en caso de fallecimiento de Enrique III sin hijos varones legítimos: tercera, la prohibicion en Francia del ejercicio de toda religion que no fuese la católica romana: cuarta, la admision en Francia del Concilio de Trento: quinta, la restitucion á España de Cambray, sola plaza que poseia la Francia por la empresa del duque de Anjou en los Países-Bajos. Bajo estas condiciones se comprometia Felipe II á pagar á la liga cincuenta mil escudos de oro al mes para hacer la guerra al partido calvinista. Por este tratado no solo quedaba excluido de la sucesion Enrique de Navarra, sino tambien su primo, el principe de Condé, asimismo protestante. Los dos eran jefes de las dos ramas de la casa de Borbon entonces existentes. El cardenal de Borbon nombrado en el tratado era tio paterno de Enrique de Navarra, hermano de su padre Antonio. Y á su fallecimiento por precision tenia que pasar el trono, segun los términos del tratado, á otra familia. De la de Guisa no se hacia mencion, mas era entre todos un tácito convenio. Tampoco convenia á Felipe II mostrarse esplicito ni obligarse á nada por razones que despues veremos.

Para la completa sancion del tratado, no faltaba mas que la aprobacion del Papa que todavía lo era Gregorio XIII, aunque sobrevivió muy poco á este convenio. Se prestó propicio el Pontífice á los deseos de la liga, manifestados por sus órganos principales, entre los que figuraban en primer término el rey de España, y autorizó una estipulacion que redundaba en tanta utilidad para la religion católica.

La anunciacion sola de un hecho semejante en Francia sin participacion ninguna de su rey, muestra bien á las claras á qué punto de desestimacion habia llegado su persona. Sin voluntad propia, pues se hallaba siempre bajo la influencia de su madre, sin energía ninguna en

medio de este conflicto de partidos, no era en realidad mas que una sombra y fantasma de monarca. Con tantas manifestaciones públicas de catolicismo, con tantos actos de devoción á que á vista de todos se entregaba, no era menos objeto de desprecio y hasta de odio, para los católicos ardientes. En todas partes llovian censuras y acriminaciones sobre su conducta. Se llegaba hasta á predicar en los púlpitos contra sus vicios, sus disoluciones y su hipocresía. Reproducía la prensa en mil sentidos esta inyectiva, y hasta no faltaban caricaturas que manifestaban á las clases el desprecio con que lo miraban los liguistas.

Unirse con los calvinistas era para él sumamente peligroso, pues daría origen á abiertas sediciones. Permanecer neutral entre los dos partidos contendientes, le exponía á quedarse aun sin la sombra de autoridad que le restaba. En tanta perplejidad no le quedaba mas partido que echarse en brazos de la liga, que ir hácia quien no le buscaba ni llamaba, que declararse jefe nominal de los que tenían ya sus caudillos designados. A esta resolución se atuvo pues, como hacia algunos años antes pasando por la humillacion de firmar actas y disposiciones cuyo objeto final era nada menos que de destruirle.

Su madre, Catalina de Médicis, princesa hábil y astuta que durante tantos años se habia engolfado en un mar de intrigas, á fin de neutralizar uno con otro los dos partidos rivales; que habia sabido quedar siempre con la influencia principal en el gobierno, ya inclinándose á estos, ya á los otros, comenzaba á sentirse inferior á tantos rivales poderosos y sin fuerzas para salir airosa en los nuevos conflictos que se preparaban. Instigadora principal en esta resolución que tomó el rey de declararse por la Liga, conoció muy pronto que era en ella de tan poca importancia su persona como la del mismo Enrique. Consistían todas sus esperanzas en el partido medio, cuyos esfuerzos se dirigian todos á embotar las armas que por entrambas partes se afilaban. No querían los hom-

bres del justo medio de entonces ni la influencia del rey de España, ni la preponderancia de los Guisas, ni la exaltacion del partido extremo católico, ni mucho menos el triunfo completo de los calvinistas. Neutralizar todos estos elementos á la vez no era muy fácil. Así no fueron felices en sus negociaciones.

Uno de los objetos á que aspiraban los hombres del partido medio á quienes daban el nombre de *políticos*, era la conversion de Enrique de Navarra, creyendo que con esto se desarmarian los que en su cualidad de hereges se apoyaban para privarle de la sucesion á la corona. Era sin duda este paso deseable, y tal vez hubiesen neutralizados los esfuerzos de los directores de la liga. Mas se hallaba demasiado comprometido el de Navarra con los jefes y demas personas influyentes de su parcialidad para hacer una abjuracion que le hubiese deshonrado en su concepto, tal vez sin adelantar nada con los de la contraria. Hacia tan poco tiempo que habia vuelto de nuevo al seno del calvinismo, que seria hasta una mengua suya semejante inconsecuencia. Y aunque á la verdad no era este príncipe demasiado adicto y apegado á creencias religiosas como lo hizo ver algunos años despues de estos sucesos, entonces se mantuvo tan fiel á su partido y prefirió sus peligros y sus glorias á la fortuna que tal vez le aguardaba, adoptando las creencias de sus antagonistas.

Así quedaron frustrados los designios de la reina madre y demas personas que querían evitar á toda costa la guerra que á Francia amenazaba. Los instigadores de esta contienda, los jefes ardientes de la liga deseosos de cerrar todo camino á las negociaciones, sugerían medidas que llevasen las cosas al punto de ser inevitable una ruptura. Titubeaba siempre el rey, á pesar de haberse declarado jefe de la liga, mas los principales directores de la asociacion, sin tener en cuenta su repugnancia, ó tal vez deseando que sirviese de pretexto para dar pasos aún mas atrevidos, se mostraban cada vez mas exigentes y trataban de sujetar á Enrique con nuevas con-

diciones. A mediados de 1585 celebraron conferencias en Nemours y vinieron á un tratado definitivo cuyas condiciones fueron: que se expidiese un decreto perpétuo é irrevocable, para prohibir todo ejercicio del culto calvinista, declarando que no hubiese en adelante otra religion que la católica, apostólica y romana; que se obligase á dejar el reino á todos los súbditos que no quisiesen vivir en dicha religion; que se declarasen todos los hereges incapaces de todo cargo público, oficio y dignidades; que se devolviesen quedando en libertad las ciudades que para su seguridad se habian dado al partido calvinista; que aprobase el rey todos los alistamientos y demas actos de hostilidad por parte de los príncipes, oficiales de la corona, prelados, señores, ciudades y comunidades que habian tenido por objeto la conservacion de la religion católica, apostólica, romana; que se conservasen en sus destinos, en sus cargos y mandos á los gobernadores generales que hubiesen seguido el partido de estos príncipes; que se entregasen al cardenal de Borbon y á los jefes de la familia de Guisa algunas plazas fuertes para su seguridad; que se diese licencia á los lansguenetes y reitres alemanes, y que se pusiesen en libertad los prisioneros sin rescate alguno. Se firmó este tratado en Nemours por la reina Catalina, por Carlos, cardenal de Borbon, por Luis, cardenal de Guisa, por Enrique de Lorena, duque de Guisa, por Carlos de Lorena, duque de Mayena. Por él pasaba de hecho el gobierno del estado y la direccion de la fuerza pública á manos de los hombres de la liga.

Sometido de este modo el rey de Francia á todo el influjo de un partido inmenso organizado contra su misma voluntad, tuvo que sufrir sus consecuencias. El primer paso que se vió obligado á dar, fué un decreto contra los protestantes á tenor de lo convenido en el tratado, prohibiéndoles el ejercicio de su religion, mandando salir del reino al que no se conformase con el de la católica, y declarando libres las ciudades que para su seguri-

dad se les habian señalado. Era una declaracion de guerra en toda forma. Partidos tan vastos y tan ramificados como el de los calvinistas en el reino, no se destruyen por medio de un decreto.

Resonaron en todos los ángulos del reino los acentos de una guerra que iba á ser mas larga y desastrosa que las otras. Preparados los de la liga á este conflicto, no anduvieron remisos en alistar hombres, en aprontar armas, en tomar disposiciones para llevar lo mejor de la lid, en suministrar subsidios pecuniarios. Las peticiones que con este motivo hizo el rey á las diversas corporaciones municipales no fueron desairadas. Acudió el clero igualmente con cuantiosos subsidios. No faltaron tampoco por parte de Felipe II, uno de los resortes principales de este movimiento. La corte tambien se preparó á la guerra y se rodeó de los principales personajes que, sin pertenecer á la liga, trataban de seguir en todo la fortuna del monarca.

A grandes apuros se veia reducido Enrique de Navarra, puesto á la cabeza de un partido valiente, decidido, entusiasmado, mas cuyas fuerzas no podian competir con las de su contrario. Hasta entonces se habia lisonjeado de que el rey de Francia colocado entre los calvinistas y los jefes fogosos de la liga, neutralizaria con todas sus fuerzas los proyectos de sus ardientes enemigos; mas cuando le vió á la cabeza de esta santa asociacion y ciego, aunque involuntario instrumento de todas sus antipatias, se creyó destituido de todos sus auxilios. En sus correligionarios de afuera, en Isabel de Inglaterra, en los insurgentes de los Países-Bajos, en los príncipes luteranos del Imperio, en los predicantes de Ginebra, tenia cifradas sus principales esperanzas; mas los socorros que podian enviarle, se hallaban lejos todavia. Para complicar los embarazos vino á herirle la bula de excomunion que la liga habia llegado á conseguir del Papa. Acababa de morir Gregorio XIII, dejando la silla pontificia á Felix Pereti, cardenal de Montalto, que la ocupó con el nom-

bre de Sixto V, tan famoso en aquella época y que ocupa un lugar tan distinguido en todas las historias. Este pontífice que adquirió la fama de enérgico, de fogoso, de campeón intolerante de las prerogativas de la Iglesia, se mostró sin embargo algo remiso en adoptar la medida de la excomunión que por parte de la liga se le reclamaba. Tampoco se manifestó en un principio muy adicto á esta famosa asociación que de tan católica blasonaba; pero después de la accesión ó la aquiescencia explícita del rey, se declaró mas propenso y decidido á fomentar sus intereses, que eran en realidad los de la Iglesia.

Mientras tanto se dieron nuevos pasos para la conversión de Enrique de Navarra, único medio de disipar la tempestad que tenía ya encima. Le enviaron con este objeto una abadesa de sangre real llamada madame de Soissons; pero no fué mas dichosa esta señora que otros á quienes se había confiado el mismo encargo. El rey de Navarra y el príncipe de Condé, en la entrevista que tuvieron con madama de Soissons, respondieron que no eran niños á quienes se amenazaba con azotes: que los únicos medios de que se habían valido en la corte de Carlos IX para hacerles abjurar el calvinismo, no habían sido mas que los de la compulsión y el terror, sin que entrase para nada la convicción, la sola que se debía emplear en tales casos: que por lo mismo nada era mas natural de que puestos en libertad hubiesen vuelto al seno de la religión en que habían sido criados y educados, y que sostendrían con tesón á la cabeza de todo su partido.

Entonces se lanzó por fin la fatal bula. En virtud de ella declaraba excomulgados el papa Sixto V á Enrique de Borbon, ex-rey de Navarra, y á Enrique de Borbon, ex-príncipe de Condé, que desde su niñez seguían las herejías de Calvino. Se manifestaba en la bula, que á pesar de los esfuerzos que se habían hecho para restituirlos á la fé católica, apostólica y romana, á pesar de haberse convertido á ella, habían abrazado de nuevo el cal-

vinismo, conmoviendo y armando á los sediciosos hereges, de que eran jefes, guías y protectores en Francia, y grandes defensores de los extranjeros. Por lo mismo, queriendo Sixto V desenvainar contra ellos el cuchillo segun correspondia á su cargo, y al mismo tiempo muy sentido de que le fuese necesario usar esta arma contra una generación bastarda y detestable de la ilustre familia de Borbon, pronunciaba y declaraba á los dos individuos ya dichos, hereges y relapsos en heregía, reos de lesa magestad divina, enemigos jurados de la fé católica, imponiéndoles por sentencia y pena, segun los santos Cánones, el ser destituidos: Enrique de su supuesto reino de Navarra, así como del principado de Bearne; y el otro Enrique de Condé, de todos los principados, castillos, ducados y señoríos; privados ambos de toda dignidad, honores, bienes, cargos, oficios, declarándolos incapaces é inhábiles de toda sucesión, y sobre todo al reino de Francia, contra el que habían cometido tan enormes crímenes; privándolos de esta corona no solo á ellos, sino á toda su posteridad, alzando el juramento de fidelidad á cuantos se le hubiesen prestado. Se mandaba además á todos los obispos y arzobispos, que hiciesen publicar la bula, que se fijaría en la puerta del príncipe de los apóstoles.

En lugar de sentirse aterrado Enrique con aquestos rayos hizo fijar en Roma, á la puerta del palacio pontifical, y sobre las puertas de las principales iglesias, la protesta siguiente, que no podemos menos de insertar por la curiosidad del documento: «Enrique, por la gracia de Dios, rey de Navarra, príncipe soberano de Bearne, primer par y príncipe de Francia, se opone á la declaración y excomunión de Sixto V, que se llama papa de Roma; la declara falsa, y apela de ella al tribunal de los Pares de Francia, de quienes tiene el honor de ser el primero; y en lo que toca al crimen de heregía, del que se halla falsamente acusado por la declaración, dice y sostiene que Sixto, llamado papa, ha mentado falsa y maliciosamente,